

LOS PADRES COMO EDUCADORES: PREPARANDO UN VIAJE

FRANCISCO IGEA ARISQUETA*
MAGDALENA GONZÁLEZ PARRA**

Fecha de recepción: julio de 2011

Fecha de aceptación y versión final: julio de 2011

RESUMEN

Los autores del artículo analizan cómo afrontan el papel de educadores una vez que se han convertido en padres. Ellos, desde el mismo momento en que decidieron ser padres, decidieron también, indirectamente, ser educadores. En el análisis de esta tarea encuentran un símil, eje de su colaboración: la preparación de un viaje. Así, cuando sus hijos nacen, inician su propio viaje. En este camino, ellos les proporcionan rutas, vehículos, combustible y todos los medios necesarios para realizarlo. Pero solo ellos, los hijos, son los que finalmente eligen sus destinos y las carreteras que toman para alcanzarlos.

PALABRAS CLAVE: hijos, fe, amor, responsabilidad.

PARENTS AS EDUCATORS: PREPARING A JOURNEY

ABSTRACT

The authors of the article analyse how people face the role of educators once they become parents. For them, from the moment they decided to be parents, they

* Médico. Valladolid. <endoscopiahrc@hotmail.com>.

** Periodista. Valladolid. <magdalenajorin@gmail.com>.

also decided, indirectly, to be educators. While analysing this subject they have come across a comparison, the corner stone of their collaboration: the preparation of a journey. In this way, when their children are born, they begin their own journey. Along the way, they provide them with the paths, vehicles, fuel and all the items necessary to embark on this journey. However, only the children themselves are the ones that finally decide their destinations and the roads they will follow to reach them.

KEY WORDS: children, trust, love, responsibility.

Padres y educadores. Padres vs. educadores

Cuando los editores nos ofrecieron escribir este artículo, entendimos inmediatamente la dificultad de no caer en la tentación esencial de cualquier padre que se precie: educar a los hijos de los demás. Todos los que somos padres hemos tenido alguna vez esa bonita experiencia. Algún padre-madre, habitualmente de «frutos» no especialmente brillantes, se dirige a nosotros para indicarnos sin rebozo alguno sus trucos infalibles en el arte de la educación infantil. Esta experiencia seguro que ha sido común a muchos de nuestros lectores. Procuraremos no tomar venganza de ello en estas páginas y admitir de entrada que, como todos, hemos hecho, no «lo posible», sino más bien «lo que hemos podido». Naturalmente, como no podía ser de otra manera, estamos razonablemente orgullosos de nuestras criaturas, pero aún está por ver qué será de ellos con sus 15 y 17 años. Son buena gente, pero aún es pronto para saber en qué convertirán sus vidas.

Por tanto, les rogamos encarecidamente: no tomen estas páginas más que como una visión personal, apasionada, subjetiva y de resultados inciertos de la educación.

¿Cómo empezar un artículo sobre educación en un número en el que escriben tantos educadores «profesionales»?

Para empezar, recalando una diferencia fundamental: lo nuestro no tiene mérito. Lo nuestro es impuesto. Desde el momento en que decidimos

ser padres, decidimos ser educadores, aunque muchos padres no parezcan conscientes de esta dualidad. Cuando uno es padre, *es educador*. No existe otra opción. No podemos abstraernos de esa función limitándonos solo a proporcionar los recursos materiales y alimenticios necesarios para su desarrollo. Somos los principales educadores. Nuestros hijos pasarán normalmente la mayor parte de su tiempo «iniciático» en la vida con nosotros y será fundamentalmente nuestro ejemplo el que los forme o los deforme definitivamente. Es una responsabilidad no transferible. Solo podemos elegir entre ser buenos o malos educadores. Habrá personas y circunstancias que moldearán a la vez su vida y su carácter. Pero el afecto, la coherencia, los errores, los abandonos y los reencuentros con nosotros serán los pasos sobre los que se abrirán al mundo. Para bien o para mal.

El título elegido, *Los padres como educadores: preparando un viaje*, es el símil en el que nos sentimos reflejados. Nuestros hijos nacen y, sin más opción, inician su propio viaje. Para eso nosotros proporcionaremos a nuestros hijos rutas, vehículos, combustible y todos los medios necesarios para realizarlo; pero solo ellos serán los que finalmente elijan sus destinos y las carreteras que tomen para alcanzarlos.

Empezando por el principio. Poniendo horizontes. Nuestra situación en el mapa

Antes de ser padres existen algunos horizontes que debemos compartir como pareja que va a fundar una familia. El horizonte es ese lugar adonde vamos, el paisaje donde nos movemos. En resumen: qué somos y qué queremos ser como familia: numerosa o corta, encerrada o abierta, comprometida o individualista; cuál será nuestra relación con el mundo: centrados en nuestro trabajo o abiertos a otras tareas. Toda una larga lista de cosas que constituyen nuestra manera de ver la vida y formarán sin duda la geografía que nuestros hijos verán y que condicionará de alguna manera su destino, o al menos su forma de enfrentarse al mundo. Hay tantos horizontes distintos como puntos geográficos, y estos no se eligen al nacer. Al llegar nuestros hijos al mundo, se encontrarán en el mismo

lugar que nosotros, en nuestra misma situación social, geográfica, económica, religiosa... Todo ello configura nuestro mapa, y tenemos que trabajar desde ahí. Porque la orografía cuenta, y no podemos construir caminos ni diseñar carreteras del mismo modo para la montaña que para el llano. Sin embargo, debemos intentar que conozcan otras alternativas, otros parajes. Si nuestra vida es fácil y desahogada (nuestro caso), deberemos intentar incidir en la preparación para las dificultades a las que no están acostumbrados. Si es difícil y cuesta arriba, deberemos entonces infundirles esperanza y ánimo diciéndoles que tras la cima del monte puede abrirse un hermoso valle. Es decir, ellos vivirán nuestro paisaje como si fuera único, y eso les condicionará si no somos capaces de enseñarles que hay otros lugares, otras circunstancias, otros mundos que son tan reales como los nuestros e igualmente transitables, y que puede que la vida o su propia decisión les sitúe en cualquiera de ellos. Por eso es imprescindible, en nuestra opinión, que tengan todo el contacto posible con gentes de otros paisajes. No deberíamos limitarles, como solemos hacer, a tratar con gente de nuestro propio medio y ambiente. Socializar, viajar, realizar campamentos, no restringir sus contactos por condicionamientos de clase u opinión... es darles amplitud de horizontes. Por supuesto que hay ambientes y paisajes que no es necesario conocer, y menos a ciertas edades; pero limitarles las opciones, esconderles otros paisajes, les hará más pobres y menos capaces de valorar su propia geografía.

Poniendo límites y enseñando el código

Cuando los chicos ya están en el mundo y tienen delante su paisaje, su horizonte, nuestra tarea inicial será proporcionarles un mapa y un código de la circulación. Es decir, enseñarles qué caminos son posibles y qué otros no; dónde están los riesgos, los límites de velocidad, las señales de peligro... No todo es posible, y por eso es necesario mostrarles cuanto antes que por la carretera vamos muchos, que los demás necesitan también en su camino unas distancias de seguridad, y que no se puede sacar a la gente de la carretera ni ir a una velocidad inadecuada. Hay muchas rutas diferentes, y cada una tiene sus inconvenientes.

Por tanto, desde la más tierna infancia deberemos enseñarles algunas normas básicas:

1. No se puede conducir mientras no se tiene el carnet. Para ello es necesario no solo tener la edad, sino también los conocimientos. ¿Qué quiere decir esto? Básicamente, que los chicos deben entender que ellos no pueden conducir desde los 2 años. Que no pueden decidir por dónde se va y por dónde no. Que su tarea inicial es aprender las normas y que sus deseos no pueden ser satisfechos inmediatamente. Tienen que ir con el instructor y hacer caso a sus indicaciones. A los chicos hay que llevarlos, no al revés. Esto parece una obviedad, pero ¡cuántos padres se sienten «llevados» por sus hijos todos los días de su vida...! Lo que el niño quiere, cuando quiere, como quiere. Decía F. Savater en *El valor de educar* que un padre es fundamentalmente el administrador de las frustraciones. Nunca hemos leído una definición más precisa de la tarea de un padre. Por cierto, abandonen este escrito y pónganse a leer ese libro si aún no lo han hecho. Seguro que les es más útil.

2. Existen unos límites de velocidad adecuados a cada tramo de la carretera. No podemos ir más deprisa de lo que la carretera permite, pero tampoco tan despacio que nos arriesguemos a sufrir un siniestro por alcance. Es verdad que a todos nos aterra la velocidad a la que ahora crecen nuestros hijos, pero no es menos cierto que, si estamos en una autopista alemana con todo el tráfico a 180 kilómetros por hora, no podemos meternos con un tractor en mitad de la autovía y confiar en que nadie choque con nosotros ni nos llamen de todo. Cambiemos de carretera, adecuemos un poco la velocidad o resignémonos a señalarles como «convoy especial».

¿Qué significa cambiar de carretera? Pues, básicamente, que hay varias carreteras condicionadas por nuestras elecciones: de colegio, de amigos, de medios sociales..., y por algunas de ellas la gente va muy rápido. La velocidad –y entiéndase por «velocidad» el adquirir experiencias y responsabilidades en tiempos muy cortos– no es buena ni mala en sí misma. Si uno va de Madrid a Valladolid en AVE, es fantástico; pero si intenta hacerlo a la misma velocidad por la carretera y tiene un accidente, es poco probable que sobreviva. Hay familias que por su disponibilidad,

sus medios intelectuales, sus habilidades formativas o lo que sea, pueden desarrollar una velocidad superior. No lo dudamos: seguro que se puede ir más rápido; pero es en el equilibrio entre velocidad y seguridad donde debemos movernos. A veces nos encontramos en carreteras donde todo el mundo va muy deprisa y nuestro coche no es todo lo seguro y fiable que debería. Salgamos a la regional y disfrutemos de una conducción más segura y de una vista del paisaje más pausada.

Al contrario: adecuar la velocidad. Muchas veces nos empeñamos en retrasar indefinidamente la madurez de nuestros hijos a la vez que aceleramos su crecimiento. Tenemos más prisa por verlos altos que por verlos mayores. Nos gustaría que fueran siempre niños y nos parece que todos los demás van muy deprisa. Entonces surge la pelea continua entre lo que con horror ves hacer a todos (nunca son todos, como la experiencia nos irá demostrando) y lo que tu estómago es capaz de soportar. A veces su tenacidad e insistencia es tan fuerte que te planteas, desmoralizado, iniciar la desbandada. La alternativa parece clara: permanecer encastillado. Pues no, ninguna de las dos. La educación, en nuestra experiencia, viene siendo lo que en términos militares se llama una «retirada ordenada». El encastillamiento puede acabar con la toma de la posición al asalto si tus fuerzas no son suficientes. La desbandada dejará todo el terreno libre al enemigo y hará que tus líneas sean difíciles de recomponer. No. Hay que retirarse ordenadamente, defender cada posición y mantener un puesto en retaguardia donde poder proseguir el combate mientras mantienes tus líneas de abastecimiento. Cada posición no puede ser la última. Una velocidad de retirada adecuada, y todo fluirá más correctamente. Ni salir corriendo a cada demanda ni permanecer inflexibles hasta tal punto que llegue un momento en que solo haya la opción «victoria o muerte».

«Convoy especial». Para todos, para los que creemos en el Evangelio aún más, hay algunas cosas en las que no podemos y no queremos ceder. Algunos riesgos que no estamos dispuestos a correr, algunas actitudes que no estamos dispuestos a tolerar. Sean lo populares que sean, sean la última moda o incluso sean obligatorias para no sentirse excluido del grupo. En estas circunstancias hemos de hacer ver a nuestros hijos la importancia de la diferencia. Es lo que llamaremos «convoy especial».

Cuando vamos por la carretera, solemos verlos de vez en cuando. Una cosechadora, un aspa de un molino de viento, un barco... Cosas excepcionales. Pues esto es lo que hay que tratar de explicarles cuando argumentan una y otra vez con la famosa, la única, la inevitable, la omnipresente, la campeona de todas las frases adolescentes: «pues a todos les dejan, menos a mí...»; «todo el mundo lo hace...». Hay que explicarles que en algunos aspectos nosotros estamos orgullosos de ser «raros», que a veces hay que ser «convoy especial». Que la gente te señale con el dedo y te mire no siempre es malo. Ser diferente y, sobre todo, ser uno mismo, independientemente de con quién estemos, es un valor. Sin cosechadoras y sin molinos de viento, ¿qué sería de nuestro mundo actual?

3. No se puede pisar la línea continua. Es decir, puede venir gente de frente. Hay gente que no lleva tu dirección: procura no colocarte en su carril si no tienes visibilidad suficiente. Esto no ha de ser una invitación a la desconfianza, a quedarse en casa, sino una invitación a la prudencia. Hay que enseñarles, antes de que la vida se lo acabe enseñando a la fuerza, que hay gente que solo va por su carril y no atiende a otras razones. Prudencia, no desconfianza. Prudencia, pero no miedo. Saber que el peligro existe, pero no quedarse en casa. Esta es la clave del asunto. Una vez le preguntaron a Churchill cuál de las características del ser humano consideraba más valiosa: la honradez, la lealtad, etc. Contestó sin dudar: «El valor». Porque es la característica necesaria para tener cualquiera de las demás. Sin coraje, muchas veces será imposible ser honrado, leal o sincero. Pero el coraje sin el conocimiento del peligro, sin la experiencia del miedo, es pura inconsciencia. Así pues, prudencia y valor no son experiencias incompatibles, sino complementos indispensables el uno del otro.

Eligiendo el vehículo: poniendo instrumentos

¿Con qué recorrerán este camino, con qué vehículo?: este es un asunto importante. Para responder a los peligros de la carretera hemos de proporcionarles un vehículo seguro, fiable, rápido, estable. Es decir, hemos de proporcionarles formación, conocimiento, seguridad en sí mismos y mecanismos de respuesta.

La formación escolar (entendida como adquisición de conocimientos) es sin duda una parte imprescindible del asunto: la educación en nuestros países es obligatoria por esta razón. Los chicos necesitan adquirir unos conocimientos básicos sobre todas las materias para poder enfrentarse después al mundo con alguna garantía de éxito. Conocer las matemáticas, la historia de tu país y de tu mundo, los principios básicos de funcionamiento de la naturaleza, la historia de la filosofía...: todo ello no sirve solo para ir adquiriendo titulaciones previas al acceso al trabajo, sino que proporciona conocimientos útiles para enfrentarse al mundo cada día. Desde ir a la compra hasta decidir el sentido del voto. «Un hombre sin información es un ser sin opinión». Pues eso: hay que tratar a los educadores, no como proveedores de licencias que nos permiten acceder o no a una titulación para nuestras criaturas, sino como gente que proporciona a nuestros hijos mecanismos y conocimientos indispensables para poder moverse por la vida con ciertas garantías.

Aparte de esto, los profesores serán su otra referencia en el mundo de los mayores. Pasarán con ellos muchas horas y, al igual que nosotros, podrán ser justos o arbitrarios, honrados o incoherentes, caritativos o despiadados. Verán a lo largo de su etapa escolar toda una serie de personajes a los que admirar, respetar o detestar, según el caso. Todos ellos servirán como referencia de lo que el mundo de los mayores puede dar de sí. Por tanto, la elección del centro donde estudien nuestros hijos no será baladí, no podrá basarse en otros criterios que en aquellos que nosotros entendamos como fundamentales para su educación.

Estos conocimientos no deben ser únicamente dispensados en la escuela. El mundo del conocimiento, del saber, no puede reducirse al recinto del colegio. Fomentar la lectura y el estudio no es una vestimenta que dé porte y lustre a tus hijos, sino que les abre al mundo. En los libros pueden encontrar mundos desaparecidos, aventuras, experiencias y, sobre todo, preguntas. En un video promocional de la Universidad de los Jesuitas en Georgetown, el rector decía (para escándalo de creyentes) que su tarea no era acercar a los chicos a Dios, sino conseguir que estos se hicieran las preguntas adecuadas. Nos pareció fantástico (no nos gusta hacer la pelota, a pesar de lo que pueda parecer). Es toda una filosofía. Si tienes verdaderamente fe, si crees que esta es la respuesta esencial, la res-

puesta verdadera, solo tienes que conseguir que los chicos se hagan las preguntas esenciales, las preguntas correctas. El sentido de la vida, nuestro destino, el porqué de la injusticia...: todas estas preguntas te llevarán, si estás preparado para contestarlas, a ese camino. Pues bien, todas estas preguntas están en los libros, en la gente que ha reflexionado, soñado, estudiado sobre ellas. Por eso es tan importante conseguir que los chicos tengan afición por algo que, desgraciadamente, está cada vez más en desuso. Pero hemos de confesar que hasta este momento nuestro éxito todavía no es total en esta tarea. Estamos en ello.

Seguridad y autonomía. Un vehículo debe tener estas dos características. Cómo proporcionamos estas cualidades a nuestros hijos es un tema siempre delicado y controvertido. Para dar seguridad y autonomía hay que ir enseñándoles poco a poco que no siempre vamos a estar ahí. Que los problemas que ellos generan o con los que se encuentran no siempre van a solucionarse mágicamente con nuestra intervención, sino que requerirán que ellos los afronten y los resuelvan por sí mismos y que, si no pueden resolverlos, al menos sean capaces de soportarlos, a la espera de tiempos mejores. Pondremos un ejemplo clásico, pero vivido en primera persona. Un buen día, a las 48 horas de haberse ido nuestro hijo a su segundo campamento de verano, nos avisaron de que, haciendo «el cabra», nuestro amado hijo se había abierto la cabeza contra el borde de la piscina y había sido necesario darle siete puntos de sutura. Preguntados por el monitor sobre si iríamos a recogerlo, y con hartazgo de nuestro corazón, dijimos que no. El pobre aguantó todo el campamento con una venda en la cabeza, sin poder hacer ejercicio ni bañarse. El día en que le quitaron los puntos nos llamó llorando para que fuera su padre médico a quitárselos. Hemos de decirles que pocas veces hemos tenido tal sensación de ser tan malas personas; pero, a pesar del llanto incontenible del pobre, decidimos quedarnos. Quisimos explicarle de esta manera que la vida era así. A veces te pasan cosas desagradables por tu atrevimiento o por el mero azar. Hay que afrontarlas y superarlas, en vez de salir corriendo. Tenemos una frase que nos gusta emplear: «Los problemas habitualmente corren más que uno mismo».

Seguridad en sí mismos: inculcarles este carácter es una de las tareas esenciales de la educación. Seguridad no es explicarles que todo está a su

alcance, sino que pueden pelear por todo y que, aunque pierdan, pueden sobrevivir. La frustración del fracaso no es el final, sino que, como dicen en alguna parte, es experiencia: «experiencia es lo que obtienes cuando no obtienes lo que deseas». Hemos de explicarles y transmitirles nuestros propios errores de forma que entiendan que equivocarse, fallar, es una posibilidad, y que solo si somos capaces de admitirlo seremos capaces de sacar de ello algún beneficio. Sin duda, es mejor no fallar, no defraudar; pero negar nuestros propios fracasos solo conseguirá que nos volvamos intolerantes y soberbios, que transmitamos una falsa sensación de superioridad que, cuanto más alto se suba, como decía la película, «más dura será la caída».

Llenando el depósito. Amor y fe: suficiente combustible

El combustible es la fuerza que permite girar al motor. El principio que nos mueve. En nuestro caso, el combustible ha de ser la Fe. Esto nos diferenciará de los demás. La energía que te da el saberte parte de una humanidad destinada a hacer real el reino de Dios. El sentirte agradecido porque un Dios generoso entregó a su hijo para salvarnos, para explicarnos cuál es el sentido del mundo, el sentido de nuestra existencia. La fe es lo que nos impulsa a darnos, a vaciarnos, en la medida de nuestras posibilidades, en la conquista de un mundo en el que reine el amor fraterno. Hemos de transmitir a nuestros hijos con gestos, con hechos, que por encima de cualquier otra cosa está el amor. El himno a la caridad de los Corintios no es una bonita frase que escribió San Pablo para ser leída en las bodas. Es una realidad tangible que, si tiene una expresión concreta en este mundo, es en la relación paterno-filial. Con tus hijos crees sin límites, aguantas sin límites, perdonas sin límites. Debemos enseñarles que, por encima de todas nuestras diferencias, el amor triunfa. Eso es transmitirles el amor de Dios. Enseñarles que nosotros, como nuestro Salvador, estamos dispuestos a escribir entristecidos en la arena mientras nos señalan sus peores defectos, pero que no les lapidaremos, sino que simplemente les pediremos que no lo hagan más. Enseñarles que les recibiremos con alegría tras cada fracaso y que en cada regreso estaremos dispuestos a matar el mejor cordero para celebrar su vuelta a casa. Enseñar-

les con nuestra actitud y nuestra vida que la justicia, el perdón y la misericordia no son conceptos para el domingo, sino constantes de todos los días. Si esto no lo viven en casa, no serán capaces de entenderlo. Cierto que debemos cultivar su fe con las prácticas religiosas y con la enseñanza del Evangelio en la escuela, pero todo esto ha de ser vivido en casa. Si algo detecta un adolescente a cien kilómetros de distancia es a un cínico.

Este combustible tiene además un efecto sorprendente: no solo les proporcionará energía, sino que de una manera silenciosa condicionará su destino. De algún modo, el combustible les orientará además de moverles; les llevará por caminos diferentes, pero la dirección será la adecuada.

Un poco de autocrítica

A estas alturas, ustedes ya estarán diciendo que hemos incumplido lo dicho en los primeros párrafos. Hemos vuelto a ser esos padres que en el parque te explican la bondad de sus métodos mientras sus niños te dan patadas en la espinilla. Es lo que tiene o «es lo que hay», que dicen ahora nuestros hijos.

Pues no, no hay nada infalible. Casi nada. Todo puede torcerse, todo puede fallar: a la vuelta de una esquina, una botella, una jeringuilla, una compañía... Con esa angustia hay que vivir. Ni nosotros ni nadie tiene el secreto del éxito. O quizá sí. Quizá solo una cosa es infalible: el cariño. Si te fijas en todos los críos que conoces, sobrinos, primos o compañeros, verás que con métodos diferentes, unos pacientes, otros más autoritarios, otros dialogantes, hay algo que no falla: un niño querido, un niño que se siente de verdad querido, es siempre fácil de distinguir de un niño abandonado, despreciado u olvidado. Pero querer no es solo achuchar. Querer no es solo complacer; es comprometerse, es esforzarse, dedicar tiempo. Querer es cansado; gratificante, pero cansado.

En la medida en que nuestros métodos estén regidos por este principio, sus resultados tendrán más garantías. Pero hemos visto demasiadas cosas para dar consejos. Así que nuevamente insistimos: no tomen estas líneas nada más que como una opinión personal basada en una experiencia limitada.

Diciendo adiós

Cuando pasa el tiempo, llega un momento en que los chicos empiezan a decir adiós. No a irse de casa (para escribir ese capítulo nos tememos que falten algunos lustros, tal y como están las cosas ahora), sino a enseñarte que ya son autónomos. Toman sus primeras decisiones, y nosotros tenemos que respetarlas. Deciden qué quieren estudiar, eligen a sus amigos, disfrutan de su propio ocio, etc. Este momento, que en nuestro caso se halla en sus inicios, tiene sus dificultades, pero sin duda hemos de afrontarlo con la tranquilidad y la seguridad de que la tarea ya está hecha en su mayor parte. Los chicos ya son como son. Sus mecanismos de respuesta, su concepto de la justicia, del valor de la lealtad, del esfuerzo, ya están ahí. Así que, con paciencia, debemos ir soltando las riendas y dejarles que empiecen a sentir que son sus propios dueños. Seguiremos ahí. Seguiremos al rebote, por si su canasta falla, pero tendrán que empezar a tirar ellos solos. Están a punto de obtener su carnet de conducir. Nos toca sentarnos al lado y dejarles que empiecen a manejar ellos el coche. Tendrán abolladuras, seguro; nos rayarán la puerta y deberemos aún ir al taller en varias ocasiones. Pero da gusto mirarlos al volante con esa mirada puesta en el horizonte, una mirada mezcla de ansiedad y de esperanza en el camino que les queda por recorrer. Da gusto mirarlos sabiendo que serán capaces de conducir y que cualquier día de estos seremos solo imágenes en su retrovisor agitando la mano y esperando su vuelta por vacaciones.